



Escribe: Orietta Bruca

Inclusión social

E

ntre los nuevos términos de un mundo donde el lenguaje se hace siempre más pobre y descuidado, hay palabras-conceptos como “liderazgo” (término corriente que sustituye al obsoleto “capataz”, demasiado agresivo y descarado) e “inclusión social”. Es fácil ser líder en una masa de seres atontados y chantajeados por la inseguridad de su situación laboral, que por salvarse aceptan cualquier compromiso. Es suficiente poner “metas” en lugar de “órdenes”; “colaboración” en vez de “explotación”; y “compromiso” en vez que “obligación”. Y, si no se cumple con todos estos requisitos, adiós al trabajo. Cualquier tarado puede ser líder cuando transmite con suficiente soltura las órdenes que le llegan desde arriba, órdenes que no necesitan de análisis, ni muchos menos de crítica.

Desde hace algún tiempo se usa el concepto “inclusión social”. Es imperativo incluir a los más pobres en esta prosperidad asombrosa que atora bancos, empresas y erarios (dejamos aparte cuentas de presidentes y sus compinches). Así que podemos imaginar una especie de realidad de ciencia ficción donde “la plata llega sola” y los pobres también. Los políticos no tienen la más mínima vergüenza soltando el rollo de los logros económicos a seres humanos que viven al límite de la desesperación. ¿El número de pobres en rápida escalada a nivel mundial no depende de la explotación de los trabajadores? ¿La cantidad de horas extras que la mayoría cumple “gratis” y “por compromiso” no quita trabajo y ganancia a otros trabadores? ¿La informalidad, la precariedad y el sistema de las services no contribuyen a aumentar la ganancia de las empresas y la pobreza de los trabajadores? ¿Por qué será que, en todo el mundo, hasta en los países desarrollados, la gente se reúne, protesta y se rebela hasta la violencia contra un sistema que pone el negocio al centro de todo y el hombre como instrumento desechable?

Ahora se ha creado, en el “izquierdista” gobierno de Humala, incluso un Ministerio para la inclusión social: tendremos más gente que gana opíparos salarios para so-

lucionar rompecabezas sin inicio ni final. Mientras tanto, hasta PPK felicita la labor realizada por el fantasmal presidente de los pobres.

El sistema neoliberal ha destruido los derechos laborales (que algún utopista atrevido sostiene que forman parte de los derechos humanos); los gobiernos ya no tienen deberes hacia los ciudadanos, porque estos son clasificados como “asistencialismo”. Así que cada uno tiene la “opción” democrática de elegir estudios, sistema de salud, trabajo, vivienda”, etc. Por supuesto, esta elección depende de la plata que está detrás, de si uno nace en el Alambre o en California o de si uno tiene un tío congresista o uno que carga papas en la Hermelinda. La cantidad de neuronas y el nivel de educación, patrimonio personal, no tienen importancia, ya que todos tendrán que ser “capacitados” para toda la vida.

En este sistema de competencia, el único modo que han inventado para incrementar la plusvalía es abaratar la mano de obra. ¿Dónde irá a parar esta gran ganancia? ¿Siempre en los mismos bolsillos? Entonces, ¿quién se comprará esta sobreproducción de cosas inútiles? ¿Los míticos pobres “incluidos” a golpe de tarjetas de crédito y de débito?

Henry Ford, que no era un benefactor, pero sí un gran empresario, pagaba a sus obreros el doble que sus competidores. Así los fregaba dos veces, porque con tanta plata a su disposición los ingenuos se compraban sus carros. Más ganancia para el bueno de Henry. Pero él nunca habló de inclusión social: era menos hipócrita.

En el libro *La casa de los espíritus* de Isabel Allende, la protagonista hace una reflexión interesante: “Sustituimos la justicia con la caridad”. Es exactamente lo que hacen los gobiernos que se lucen con la inclusión (que comprende el vaso de leche, los comedores populares, los hospitales de la solidaridad, sublimación del asistencialismo) y descuidan los derechos fundamentales como trabajo, salud, educación y vivienda porque ya no son derechos: son regalos de presidentes, congresistas, empresarios y damas de caridad.

Hay propagandas simpáticas: “Sé el empresario de ti mismo”, “El Perú avanza gracias a los empresarios” (pequeños y medianos, sobre todo). Se trata de mensajes que incrementan el individualismo, la informalidad, la falta de derechos laborales y, por lo tanto, la exclusión de las masas a una calidad de vida digna. *Divide et impera*.